

La viuda sonrió, cambiando la postura de sus manos.

—Inútil me parece añadir, señora—continuó Fanny contestando á la sonrisa de su interlocutora con otra,—que cuando esté casada, todos mis esfuerzos tenderán á merecer cada vez más la aprobación de usted... Mi mayor desgracia sería perder su aprecio; pero conociendo su bondad, estoy segura que me dispensará si corrijo un ligero error que acaba de cometer. La mejor gente del mundo puede incurrir en equivocaciones, como ahora le ha sucedido á usted, señora. Usted ha dicho que se la honra mucho con la confianza que acabamos de dispensarle, pero desgraciadamente para mí, nada me corresponde en esto. El mérito de haber pensado un solo instante en pedir parecer á usted, me parece de tal importancia, que no osaría apropiármelo sin ningún derecho: sólo pertenecé á papá. Yo agradezco á usted mucho sus lecciones y la protección que nos ha dispensado, pero no soy yo quien las ha pedido, sino papá; también aprecio el generoso beneplácito que acaba de otorgarme; pero «usted,» señora, no debe darme gracias por nada. Espero seguir mereciendo sus bondades cuando haya abandonado la casa paterna, y deseo, señora, que mi hermana siga siendo mucho tiempo aun el objeto de su afectuosa condescendencia.

Después de pronunciar este discurso con gran finura, Fanny se alejó con la mayor gracia, para subir luego la escalera rápidamente y precipitarse en la habitación de su hermana, á la cual sacudió un poco para que abriese bien los oídos y los ojos, mientras le refería lo que acababa de pasar, preguntándole cuál era su opinión acerca de las maniobras de la señora General.

En cuanto á la señora Merdle, Fanny la trató con mucha desenvoltura, pero sin arriesgar todavía una declaración de guerra. De vez en cuando empeñaban algunas ligeras escaramuzas, sobre todo cuando Fanny creía que su futura suegra se daba importancia, engalanándose más que de costumbre; pero la señora Merdle ponía pronto término á estos pasos de armas arrellanándose entre sus cojines con graciosa indolencia y cambiando de conversación.

Fanny había ganado mucho desde que se concertara definitivamente su boda; era más tratable, menos reservada y no tan exigente como antes, por lo cual la rodeaba siempre una multitud de adoradores, con no poca indignación de las familias que tenían hijas casaderas. Muy satisfecha de la agitación que producía, Fanny se pavoneaba en la alta sociedad, com-

placiéndose en ver tras sí á su cautivo Sparkler. El joven caballero, por su parte, no pedía nunca explicación de nada; iba donde querían, pues no se le ocultaba que sólo podía merecer consideración por su fortuna, y mostrábase muy agradecido por lograrlo á tan poca costa.

En esto, el invierno terminaba; acercábase la primavera, y el señor Sparkler se veía precisado á volver á Londres para ocupar su asiento en la alta cámara y desempeñar sus funciones en el ministerio, donde se le esperaba para dirigir la cosa pública, el genio, la ciencia, el comercio, las fuerzas y el buen sentido de la nación. Los compatriotas de Shakspeare, de Milton, de Bacon, de Newton, de Watt, de una legión de filósofos pasados y presentes, de físicos y de químicos, que habían dominado la naturaleza y perfeccionado el arte en sus múltiples formas, imploraban el auxilio del señor Sparkler para que no los dejara morir sin socorro. El joven funcionario, no pudiendo resistir al grito de angustia de la patria en peligro, anunció su próximo viaje.

Tratábase sólo de saber dónde, cómo y cuándo se uniría el señor Sparkler con la más hermosa joven del mundo; la señorita Fanny, después de celebrar algunas conferencias secretas y misteriosas, anunció ella misma á la niña Dórrit el resultado final de esta grave cuestión.

—Querida Amy—dijo un día á su hermana,—hay noticias frescas; se acaba de resolver la cosa en este momento, y como es natural, me he apresurado á buscarte para que lo sepas todo.

—¿Tu casamiento, Fanny?

—No me interrumpas, hija mía; déjame decirte lo que hay como yo lo entiendo. En cuanto á tu pregunta anticipada, si hubiera de contestar categóricamente te diría que «no,» pues en rigor no se trata de mi casamiento, sino del de Edmundo.

La niña Dórrit parecía no comprender bien, y con razón, lo que indicaba esta distinción sutil.

—No soy yo quien está apurada—añadió Fanny;—no es á mí á quien se necesita en el ministerio, ni á quien se persigue para obtener un voto en la Cámara; es á Edmundo, que parece sentir mucho su marcha. A mí tampoco me gusta que se vaya solo, porque si hay medio de cometer alguna necedad (y generalmente nunca falta,) seguro es que no dejará de encontrarlo. En su consecuencia, la resolución depende más de Edmundo que de mí; y reduciéndose la cuestión á saber si debe ó no marchar solo, se había suscitado otra. ¿Se efec-

tuará el matrimonio al punto, ó esperaremos algunos meses para celebrarlo en Inglaterra?

—Ya adivino que voy á perderte, Fanny—contestó la niña Dórrit.

—¿Me escucharás hasta el fin?—replicó Fanny con cariñosa impaciencia.—Has de saber que la señora Merdle no se irá hasta después de Pascua; de modo que casándome aquí y acompañando á Edmundo, me adelantaré á esa señora, lo cual es ya una ventaja; y además, en su ausencia tal vez acepte el ofrecimiento que el señor Merdle hizo á papá respecto á cederme una habitación en su propia casa, hasta que la nuestra esté convenientemente arreglada. Aun hay más, Amy: como papá tiene intención de ir á Londres en la primavera, si el matrimonio se verifica aquí, podrá reunirse después con nosotros en Florencia, donde le esperaremos Edmundo y yo para irnos los tres á Londres. El señor Merdle ha instado á papá para que acepte alojamiento en su casa, y yo presumo que lo admitirá; pero él es dueño de obrar como le parezca, y en este punto nada puedo asegurar.

—¿Y está ya convenido todo eso?—preguntó la niña Dórrit.

—¡Convenido!—repitió Fanny.—¡Qué preguntas tan tontas haces! Ya ves que he tenido cuidado de no decirte nada que pudiera hacerte suponer que hay algo convenido. Lo que te he dicho es que se presentan ciertas cuestiones, las cuales acabo de indicarte. Y ahora, hija mía, no abras los ojos como un mochuelo, porque es inútil. Yo necesito tres consejos, y vengo para que me des alguno.

—¿No crees tú, Fanny—preguntó la niña Dórrit con tono persuasivo, después de vacilar un rato,—que sería mejor retardar un poco el casamiento algunos meses?

—No, cachazuda—replicó Fanny con mucha viveza;—yo creo todo lo contrario.

Así diciendo, Fanny arrojó sobre una silla su sombrero; pero un momento después se levantó repentinamente, y arrojándose ante su hermana, rodeó su cintura con cariñoso abrazo.

—No vayas á creer—le dijo,—que estoy enfadada, porque todo esto no vale la pena; pero tienes unas rarezas que harían perder la paciencia á un santo. ¿No te he dicho, hija mía, que una no puede tener bastante confianza en Edmundo para dejarle ir solo? ¿No lo comprendes así tú misma?

—Sí, sí; Fanny; ya sé que me lo has dicho.

—Pues bien, ya conocerás que tengo razón. Si no se le pue-

de permitir que se vaya solo, claro está que debo irme con él.

—Es verdad... sí, hermana mía—repuso la niña Dórrit.

—Bien, ahora que conoces cuáles son las medidas necesarias, tú me aconsejas, Amy, que las adopte. ¿No es así?

—Ciertamente, querida Fanny.

—¡Vamos! pues ya veo que es preciso resignarse. Cuando he visto la necesidad de tomar una resolución, he venido á verte, paloma mía, para aclarar mis dudas. Ya estoy decidida; no se ha de hablar más de ello.

Después de ceder así á los supuestos consejos de su hermana y á la fuerza de las circunstancias, Fanny habló como si acabara de sacrificar sus propias inclinaciones para complacer á su mejor amiga.

—Bien mirado, Amy—añadió,—eres la mejor hermana que conozco y tienes muy buen sentido; de modo que apenas podré pasar sin ti; pero ahora, hija mía, voy á darte, á mi vez, un consejo. Cuando te halles sola con la señora General...

—¿Con que voy á quedar sola con ella?—preguntó la niña Dórrit.

—Naturalmente, hija mía; estarás sola hasta que papá vuelva. Quería aconsejarte, pues, que cuando te quedes con esa dama procures hacer siempre la sorda apenas observes que se vale de algún rodeo artificioso para hacerte entrever que hace la corte á papá, ó vice-versa. Te aseguro que no dejará de ingeniarse para conseguir su objeto; pero por nada en el mundo debes aparentar que conoces su propósito; y si papá te anuncia, á su vuelta, que piensa darte á la señora General por madrastra, aconséjote que le contestes: «Papá, con su permiso, me opongo formalmente; Fanny me había hablado ya sobre esto, y también se opone.» No espero, por supuesto, el menor resultado de tu oposición, pues no te creo capaz de formularla con suficiente energía; pero se trata de defender un principio... un principio filial, y te suplico que no permitas á esa mujer darse importancia con nosotras sin ocasionarle todas las molestias posibles. Por mi parte, querida Amy, te auxiliaré en lo que pueda para impedir semejante unión; me valdré de toda la influencia que me proporcioné mi propio estado para combatir á esa mujer hipócrita, que tiene el corazón tan falso como el cabello... estoy segura que éste es positivo, aunque muy feo; y á fe que se necesita estar loca para comprarle de esa especie.

La niña Dórrit recibió estos consejos sin atreverse á rechazarlos abiertamente, pero también sin dar ningún motivo para

creer que estuviese dispuesta á seguirlos. En cuanto á Fanny, habiéndose despedido, por decirlo así, de la vida de doncella y puesto en orden sus asuntos, comenzó, con el ardimiento natural de su carácter, á prepararse para la grave ceremonia.

La camarera de la señorita Dórrit marchó á París, escoltada por el correo, para comprar la canastilla de boda y toda una colección especial de objetos para el tocado, todo lo cual atravesó algunas semanas después el país intermediario, no sin sufrir numerosos registros de los empleados de la aduana. Una vez en Roma hízose la exposición de todos los objetos ante una escogida sociedad de espectadores, á cuyos caritativos sentimientos se antepuso la envidia; y después continuáronse los preparativos para el día feliz en que debían ostentarse en público aquellos tesoros llegados de Francia. A la comida de boda se convidó á una mitad de la colonia inglesa residente en la ciudad romana; la otra se componía de críticos benévolos que sólo debían asistir al acto solemne. El alto y poderoso *signor* Edgardo Dórrit (el joven Tip de la Mariscalía se había italianizado el nombre,) llegó en posta, á través del lodo y de los profundos baches de los caminos italianos, para honrar la ceremonia con su graciosa presencia: este caballero había adoptado ya los buenos modales, frecuentando la nobleza napolitana... nobleza modelo como pocas. El primer hotel de Roma y todos sus marmítones fueron puestos á contribución para la gran comida de boda; los giros del señor Dórrit contra el Banco Torlonia caían como el granizo, tanto que se hubiera podido creer que la casa iba á suspender sus pagos; y, en fin, tanto se hizo, que el cónsul de S. M. Británica aseguraba no haber visto una boda semejante en su vida.

Por último llegó el gran día: la loba del Capitolio hubiera podido tener envidia y enseñar sus dientes al ver de qué modo los salvajes habitantes de las islas del Norte hacían las cosas en aquel tiempo. Si las estatuas de los execrables emperadores de la soldadesca, que los artistas contemporáneos no han osado lisonjear hasta el punto de substituir sus innobles cabezas de asesinos con figuras de personas honradas, hubieran podido animarse aquel día, seguramente habrían experimentado vivos deseos de apoderarse de la novia. ¿Y por qué no brotaría el agua otra vez, para celebrar tan fausto acontecimiento, en la reseca fuente donde en otra época se lavaban los gladiadores romanos? ¿Y no hubiera debido renacer de entre sus ruinas el templo de Vesta, para contribuir á la mayor magnificencia del acto? Pudieron hacerlo, pero no lo

hicieron; en lo cual imitaban á más de un sér vivo, sin exceptuar los *lords* y *ladies* de la creación, que pudiendo hacer mucho, no hacen nada.

No por eso dejó de efectuarse el matrimonio con gran pompa. No faltaron monjes con capuchas negras ó blancas, que se detenían para ver pasar los coches; campesinos vagabundos, cuyo único traje se componía de una piel de carnero; y voluntarios ingleses que contemplaban con gusto á sus compatriotas. Así pasó el día, sonó luego el toque de oración, y poco á poco dióse fin á la fiesta.

Uno de los rasgos característicos de esta boda fué que sólo se hablaba de la casada, sin que nadie se ocupase del marido, ni tampoco de la niña Dórrit, que, á decir verdad, estaba como perdida en medio del brillo deslumbrador de la fiesta. En cuanto á Fanny, poco después subía con su esposo á una silla de posta para dirigirse á Florencia.

La noche de aquel día, el señor Dórrit se mostró muy sentencioso y didáctico: Amy hubiera preferido verle cariñoso, pero aceptóle tal como se presentaba. Cuando la señora General se retiró, su manera de despedirse fué por demás glacial: hubiérase dicho que la dama creía necesario petrificar la imaginación de las personas para que no pensarán en ella. Una vez sola con su padre, la niña Dórrit le abrazó antes de retirarse á descansar.

—Amy, hija mía—dijo el señor Dórrit cogiendo su mano,—esta noche es la digna coronación de un día que... ¡hem!... me ha impresionado profundamente.

—Y también cansado un poco, padre.

—Nada de eso; no puedo experimentar fatiga después de un acto en que he disfrutado de... ¡hem!... alegrías tan puras.

La niña Dórrit pareció muy satisfecha de hablar á su padre en tan buenas disposiciones, y dióse por feliz.

—Querida Amy—continuó el anciano,—este es un acontecimiento... ¡hem!... que debe servirte de ejemplo, hija mía.

La niña Dórrit, atemorizada por aquel preámbulo, no supo qué decir, aunque su padre había dejado de hablar, cual si esperase la contestación.

—Amy—prosiguió el anciano después de una pausa,—tu querida hermana, nuestra Fanny, ha contraído... ¡hem!... un casamiento que debe ensanchar el círculo de... ¡hem!... nuestras relaciones, consolidando nuestra posición social. Queri-

da hija, yo espero que no está lejos el día en que se presentará para ti... ¡hem!... un partido conveniente.

—¡Oh, no! déjeme usted permanecer á su lado; yo no pido más que estar en su compañía para cuidarle.

—Vamos, Amy—repuso el señor Dórrit,—déjate de niñadas; tu posición... ¡hem!... te impone cierta responsabilidad, y debes mostrarte digna de ella. En cuanto á cuidarme, ya lo haré yo... ó bien buscaría quien lo hiciese. Dios mediante... ¡hem!... ya podré encontrar quien me cuide; pero yo, hija mía, no quiero de ningún modo que te sacrifiques por mí.

¿No era ya tarde para comenzar á dar pruebas de abnegación, haciendo de ello un mérito?

—No me hables más de esto, Amy—prosiguió el anciano,—porque no debería, ni podría tampoco hacer una cosa contra lo que me dicta mi conciencia. Aprovecho pues, hija mía, la oportunidad que me ofrece esta feliz ocasión para indicarte, con toda la gravedad necesaria, que en lo sucesivo mi más ardiente deseo será encontrar para ti un partido... ¡hem!... conveniente... «conveniente,» lo repito.

—¡Oh! no, padre mío, se lo ruego.

—Amy, estoy seguro de que si se sometiera esta cuestión á una persona del mundo y de recto juicio, como por ejemplo á... ¡hem!... la señora General, diría lo que yo; pero como conozco desde hace tantos años por experiencia... ¡hem!... tu carácter sumiso y generoso, estoy convencido de que no será necesario decirte más. Por ahora no puedo... ¡hem!... proponerte ningún partido, ninguna persona que convenga, y sólo deseo... ¡hem!... que nos comprendamos. ¡Vaya, querida y única hija, buenas noches, Dios te bendiga!

Aquella noche, que fué para la niña Dórrit de insomnio y de lágrimas, la pobre joven pensó que su padre no veía ya nada sino á través de sus riquezas, y que debía acosarle de continuo el deseo incesante de conservarlas y aumentarlas.

Tres semanas después, el señor Dórrit se puso en camino para reunirse con Fanny en Florencia: la niña Dórrit le hubiera acompañado hasta allí por puro cariño, aun á condición de volver sola, soñando en su querida Inglaterra; pero hallándose allí Tinkler, á falta del correo que había marchado con la novia, la elección paternal no podía recaer en Amy, mientras el anciano pudiera hacerse acompañar por un mayordomo.

La señora General tomó las cosas muy tranquilamente, como hacía con todo, cuando la habitación romana del se-

ñor Dórrit quedó ocupada sólo por la pobre Imy, cuya única distracción consistía en salir en el coche de alquiler que le habían dejado, para vagar entre las ruinas de la antigua Roma. Cual por efecto de una transformación mágica, los restos del inmenso anfiteatro, de los antiguos templos, de los arcos de triunfo, de las vías romanas y de las tumbas, aparecían á los ojos de la niña Dórrit como las ruinas de la antigua prisión de la Mariscalía, como las ruinas de su existencia de otro tiempo, como las ruinas de sus afectos, de sus esperanzas, de sus cuidados y de sus alegrías. La joven iba á sentarse á menudo sobre alguna columna rota, en los sitios más solitarios, y entregábase allí á sus reflexiones, bajo el cielo azul, viendo en todas partes á la pareja.

Pero bien pronto acudía la señora General para arrebatarse con su presencia su propio colorido á la naturaleza y al arte.

